



Álvaro Mutis: quimera y realidad

Marco Martos

Desde hace algunas décadas, existe en los lectores de poesía hispanoamericana, así como entre los propios poetas y los críticos que marchan a la vera de lo que hogañó se escribe, un cierto consenso sobre la poesía escrita en castellano en América, a la que globalmente se considera de bastante calidad y suficientemente diferenciada de la que se realiza en otras latitudes. Dentro de esa tónica, ha hecho fortuna un título de Saúl Yurkievich, *Fundadores de la poesía hispanoamericana*,¹ que trata sobre Huidobro, Vallejo, Borges, Neruda, Girondo y Paz, elección arbitraria como tantas otras posibles, pero que tiene su razón de ser en la persistencia de estos escritores, tanto en el gusto del lector común como en la preferencia de los especialistas que escriben sesudos ensayos, y en los propios poetas que reconocen una línea que viene del pasado y que persiste en la dicción de hoy. Junto a estos nombres, de muchas maneras célebres, hay otros poetas que podríamos llamar de tradición marginal, desconocidos durante mucho tiempo por el gran público, a pesar de ser muy apreciados en círculos minoritarios de todos los países de habla hispana. Uno de ellos es el colombiano Álvaro Mutis, nacido en 1923, quien solamente a partir de 1980 empezó a gozar de alguna popularidad, aumentada

¹ Yurkievich, Saúl. *Fundadores de la poesía hispanoamericana*. Barcelona, Barral, 1971.

considerablemente a raíz de la obtención del Premio Cervantes en el 2001. Otros marginales antes que él, como su compatriota León de Greiff o los peruanos Martín Adán, César Moro y Emilio Adolfo Westphalen, a pesar de su depurada poesía, no consiguieron vencer totalmente la indiferencia editorial por la poesía tanto en España como en Hispanoamérica. Mutis y los poetas mencionados tienen en común un cultivo riguroso de la palabra y una cierta lejanía, indiferencia, podría decirse, por los temas cívicos, por la discusión sobre las formas de gobierno más convenientes para nuestros pueblos, aventurándose, más bien, en el periplo individual de los seres humanos, en lo que hace cualquier persona en sus días que no son otra cosa que la víspera de la muerte. Esta es una razón, también, para explicar la escasa fortuna, en cuanto a lectoría, de uno de los poeta más originales de América del Sur, sobre todo entre los años sesenta y ochenta del pasado siglo. Esos eran tiempos en los que la poesía que se difundía más era la de aquellos que se ocupaban de asuntos civiles, que discutían en sus versos los temas de la revolución. Fue un momento de auge para poetas como Ernesto Cardenal, Nicolás Guillén, Nicanor Parra, quienes, de una manera u otra, hablaban en poesía de la necesidad de una militancia, mientras que otros líricos, los de la opacidad, como Eliseo Diego, Lezama Lima, como el propio Mutis, permanecían limitados a las ediciones de pocos ejemplares, con un prestigio secreto, pero no consolidado. Para Mutis, fue necesario empezar a ganar premios internacionales de prestigio como el Príncipe de Asturias de Poesía (1997) o el Premio Cervantes (2001) para llegar a amplios círculos de lectores. Junto a ello, el hecho de haberse convertido en narrador, sin descuido de su impulso lírico, lo hizo popular entre otro tipo de lectores.

PRIMERA IMAGEN DEL POETA

Álvaro Mutis era hasta 1980 un autor recoleto que apenas, desde 1947, había dado a la imprenta un puñado de poemas, algunos de los que eran publicados una y otra vez con levísimas variantes dentro de su cosecha magra.² Aun en los textos más remotos, cuando todavía el poeta no había alcanzado la maestría verbal, el

²Hemos consultado: Mutis, Álvaro. *Summa de Magroll el Gaviero. Poesía 1948-1970*. Barcelona, Barral, 1973; y *Obra poética*. Bogotá, Arango, 1993.

virtuosismo de los encabalgamientos sedosos que dan naturalidad a sus escogidas palabras, podemos advertir esa tensión lírica que va tocando con mano maestra una serie de elementos que nombrados adquieren una dimensión extraña y conveniente de un mundo otro donde la quimera es realidad:

La noche del cuartel fría y señera vigila a sus hijos prodigiosos.
La arena de los patios se arremolina y desaparece en el fondo del cielo.
En su pieza el Capitán rechaza las oraciones
y olvida sus antiguas culpas, mientras su perro orina
contra la tensa piel de los tambores.
En la sala de armas una golondrina vigila
insomne las aceitadas bayonetas.
Los viejos húsares resucitan para combatir
a la dorada langosta del día.
Una lluvia bienhechora refresca el rostro
del aterido centinela que hace su ronda.
El caracol de la guerra prosigue su arrullo interminable.

El poema que hemos copiado pertenece al libro *La balanza*, escrito por Álvaro Mutis junto con Carlos Patiño en 1947; los libros siguientes, *Los elementos del desastre* (1953) y *Los trabajos perdidos* (1960), homeopáticos también, nos muestran a un poeta maduro, de golpe, de profundo estoicismo, de elegante desesperanza, uno de aquellos convencidos de que el único poder de la poesía es el más aleatorio, el de la palabra vertida en soledad y recogida por otro solitario, ya que lo único que corresponde al linaje humano es la derrota:

No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día.
Aprende a guardarla para las horas de tu solaz
y teje con ella la verdadera,
la sola materia perdurable
de tu episodio sobre la tierra.

En el poema titulado «Los trabajos perdidos», Mutis escribe que en lo oscuro se mezclan ciudades, olores, tapetes, iras, ríos y que ahí crece la planta del poema: «Una seca y amarilla hoja prensada en las páginas de un libro olvidado, es el vano fruto que se ofrece. La poesía substituye, la palabra substituye, los vientos y

las aguas substituyen [...] la derrota se repite a través de los tiempos ¡ay sin remedio!»: la derrota omnipresente es la clave en cada imagen musical que nos envuelve.

LA VISIÓN TROYANA

Leyendo a Mutis, cualquiera puede reconocer la tradición moderna a través de sus nombres más ilustres, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, pero, sobre todo, existe lo que podemos llamar una visión troyana del mundo: el desgaste permanente de lo vivido, de la materia humana, y la presencia inescrutable de la muerte. En ese sentido, el poema más evidenciador de la posición del poeta frente al mundo es el titulado «Poema de lástimas a la muerte de Marcel Proust». El poema no necesita ninguna explicación para los proustianos: la ruina del tiempo y de las costumbres en la frágil materia de los años fue la quimera que quiso aprisionar el novelista francés; para conseguir su sueño, no titubeó en acelerar el deterioro de sus carnes; así, muchos años más tarde, Álvaro Mutis recoge el instante mismo de la muerte de Marcel Proust, lo convierte en materia artística, le otorga la vida precaria y hermosa que tiene todo texto que merece el nombre de literario. A continuación, el final de ese magnífico texto:

El silencio se hace en tus dominios,
mientras te precipitas vertiginosamente
hacia el nostálgico limbo donde habitan
a la orilla del tiempo tus criaturas.
Vagas formas cruzan por tu rostro
a medida que ganas a la muerte
una nueva porción de tus asuntos
y, borrando el desorden de una larga agonía,
surgen tus facciones de astuto cazador babilónico,
emergen del fondo de las aguas funerales
para mostrar al mundo
la fértil permanencia de tu sueño,
la ruina del tiempo y las costumbres
en la frágil materia de los años.

ESCRITOS SOBRE CÉSAR BORGIA

Hemos señalado que un poeta como Álvaro Mutis suele desatenderse de los asuntos del poder, eso es verdad, sobre todo si nos atenemos a la estadística. En poesía, hay pocas páginas de Mutis donde se aluda al poder, a la forma de gobierno que le gustaría para nuestros países. Cuando mucho se le apura en las entrevistas que suele conceder en los últimos años a raíz de la vertiginosa popularidad que tiene ahora en el siglo XXI, manifiesta su admiración por la monarquía y por la figura de César Borgia, quien, como se sabe, es el modelo principal para *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo. En un raro texto que puede encontrarse en internet,³ Mutis, después de hacer un esbozo biográfico de César Borgia, lo considera una personalidad radiante del Renacimiento italiano sobre la que se ha vertido un sucio caudal de literatura barata, de santurronería hipócrita y de oscura necesidad. Sostiene también que este príncipe y guerrero que buscó con avidez el poder lo logró sin tener en cuenta los medios usados para conseguirlo. Nunca dijo que su único compromiso era con los desvalidos ni prometió garantías a los banqueros e industriales ni pensó que todos los hombres son iguales y tienen semejantes derechos para elegir a sus gobernantes, es decir, jamás engañó a nadie sobre sus intenciones, que fueron siempre claras y simples: obtener el poder y conservarlo a toda costa. Agrega Mutis que es un poco difícil de explicar, pero confiesa que prefiere mil veces ser gobernado por el Valentino que por la complicada urdimbre burocrática del estado moderno. Cuestión de gustos, asegura, y de saberlo pensar un poco a la luz de los últimos ciento cincuenta años de historia universal.

En su libro *Los emisarios* (1984), Mutis escribió un poema sobre César Borgia que titula «Funeral en Viana». Entresacamos algunos versos:

Hoy entierran en la iglesia de Santa María de Viana
a César, Duque de Valentinois. Preside el duelo
su cuñado Juan de Albret, Rey de Navarra.
En el estrecho ámbito de la iglesia
de altas naves de un gótico tardío,
se amontonan prelados y hombres de armas.

³Mutis, Álvaro. «En favor de César Borgia». En <www.clubcultura.com>. Consulta hecha en 12/05/2005.

Un color a cirio, a rancio sudor, a coreajes
y arreos de milicia, flota denso en la lluviosa
madrugada.

[...]

César yace en actitud de leve asombro,
de incómoda espera. El rostro lastimado
por los cascos de su propio caballo
conserva aún ese gesto de rechazo cortés,
de fuerza contenida, de vago fastidio,
que en la vida le valió tantos enemigos.
La boca cerrada con firmeza parece detener
a flor de labios una airada maldición castrense.

[...]

Cómo sorprende este silencio militar y dolorido
ante la muerte de quien siempre vivió
entre la algarabía de los campamentos,
el estruendo de las batallas y las músicas
y risas de las fiestas romanas. Inconcebible
que calle esa voz, casi femenina, que con el acento
recio y pedregoso de su habla catalana,
ordenaba la ejecución de prisioneros,
recitaba largas tiradas de Horacio
con un aire de fiebre y suelo o murmuraba
al oído de las damas una propuesta bestial

[...]

No estaba la muerte en sus planes.
La suya, al menos, a los treinta y dos años
muy otras eran su preocupaciones y vigili-
as.

[...]

Juan de Albret y su séquito asisten
al descenso a tierra sagrada de quien en vida
fue soldado excepcional, señor prudente y justo
en sus estados, amigo de Leonardo da Vinci,
ejecutor impávido de quienes cruzaron su camino,
insaciable abrevador de sus sentidos
y lector asiduo de los poetas latinos:
César, Duque de Valentinois, Duque de Romaña,
Gonfaloniero Mayor de la Iglesia,
digno vástago de los Borja, Milá y Montcada,

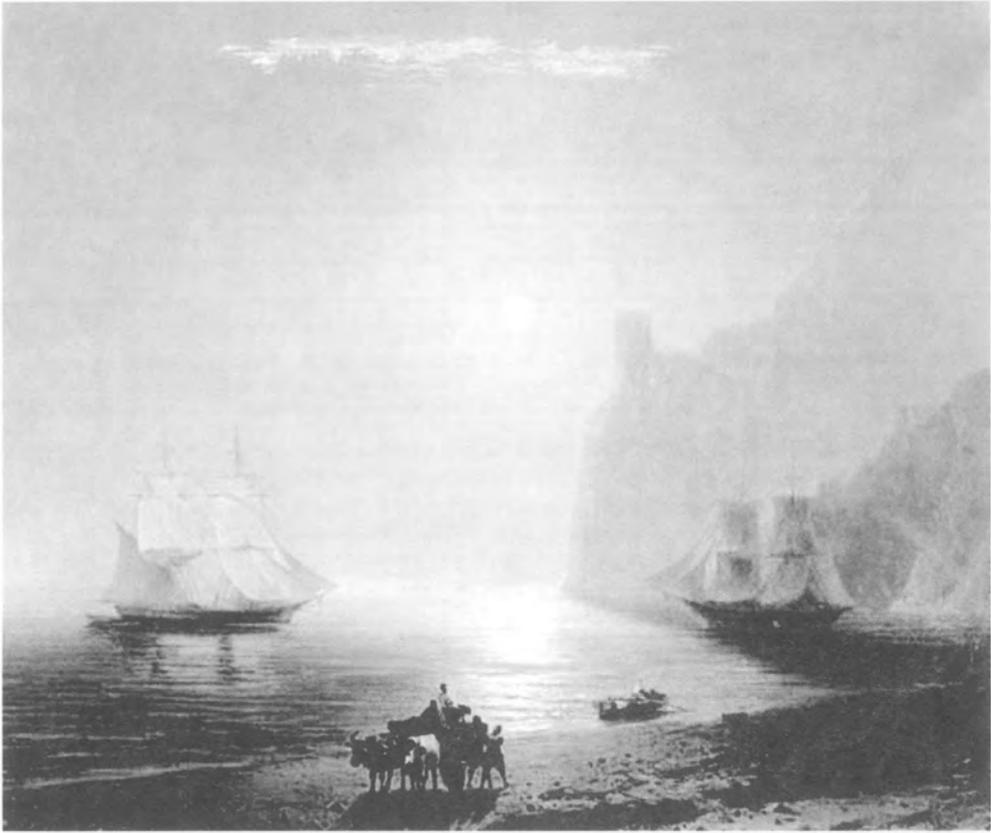
nobles señores que movieron pendón
en as marcas de Cataluña y de Valencia
y augustos preladados al servicio de la Corte de Roma.
Dios se apiade de su alma.

En varios de sus poemas, pero de modo especial en dos que hemos mencionado, el de Marcel Proust y el de César Borgia, Mutis coloca al personaje frente a la muerte, circunstancia propicia para hacer el recuento de sus hechos. Proust, fiel a la literatura, da vida a sus personajes, incluso en vísperas de su muerte, y César Borgia, en plena flor de la edad, tiene una conducta transparente: la búsqueda del poder. No obstante, en el poema, si bien está presente toda la carga histórica que conocemos del personaje se privilegian los detalles que rodean su muerte y las minucias de los funerales. Detrás, está la enorme admiración que le tenían sus pares y sus soldados, las mujeres y los hombres que lo conocieron. Con mano maestra, esa misma que le permite saltar con admirable facilidad del verso a la prosa y de la prosa al verso, Mutis va describiendo cada uno de los detalles. Es un poema de contrastes que pide misericordia para un hombre que no tuvo misericordia, perdón y vida eterna para quien segó tantas vidas. Borgia, infiel a todas las causas y a todas las personas, aparece como fiel a su apuesta de vida: la búsqueda del poder.

La poesía se ha convertido en el siglo XX, y en lo que va de transcurrido el siglo XXI, en una actividad marginal. Ser poeta es un camino equivocado para tener éxito. Al ser la poesía expresión de esa marginalidad, consigue preservar a los poetas en los resquicios del sistema: ahí están, escuchando su propia voz junto a unos cuantos seguidores. Sin embargo, unos cuantos de estos poetas, merced a un gran esfuerzo, salen de esa cárcel de escasa difusión en la que han sido aherrojados y reciben premios que bien merecen, ediciones que hubieran deseado en sus comienzos. Álvaro Mutis es de esta laya de poetas. Recibe uno y otro premio y permanece indiferente en su propio mundo, ahí está con Maqroll el Gaviero, nacido de su pluma, con Proust, con Borgia, en su féretro en Viana, con Maimónedes, en una calle de Córdoba.

FINAL

El 25 de marzo del 2002, los Reyes de España ofrecieron una recepción en honor de Álvaro Mutis, quien acababa de recibir el Premio Cervantes. Después de los saludos, la multitud se desperdigó por los salones. Un vertiginoso parloteo inundó el Palacio de Oriente en Madrid; Mutis se volvió inhallable. Después de mucho trajinar, algunos lo encontraron en el recinto más alejado, rodeado de unas cuantas personas, hablando como un contertulio más en una velada de su Colombia natal. Estaba en el centro del poder de España, pero aun así huía del oropel, como lo ha hecho a lo largo de décadas, uno de sus secretos para ser el admirado poeta que es. ■



On the Island of Crete
Ivan Konstantinovich Aivazovsky